

El Pecador es oscura e inquietante como uno cielo tormentoso.
Entertainment Weekly



**TESS
GERRITSEN**

El pecador

RIZZOLI & ISLES

Se acerca el Día del Juicio...

Ni las gélidas temperaturas de un típico invierno de Nueva Inglaterra congelan el alma tanto como la sangrienta escena descubierta a la madrugada en la capilla de Nuestra Señora de la Divina Luz. Tras los muros protegidos del convento de clausura, ahora manchados de sangre, yacen dos monjas –una muerta, otra malherida– víctimas de un atacante salvaje.

El brutal asesinato no parece tener motivos y es poco lo que las ancianas religiosas que habitan el convento pueden contribuir a la investigación policial. Pero la autopsia de la muerta, realizada por la médica forense Maura Isles, revela una inconcebible sorpresa: la hermana Camille de veinte años, la única novicia de la orden, dio a luz antes de ser asesinada. El perturbador caso da un vuelco inquietante cuando en un edificio abandonado aparece otra mujer asesinada, mutilada de modo tal que resulta imposible identificarla.

Juntas, Isles y la detective de homicidios Jane Rizzoli descubren un antiguo horror que conecta estos dos asesinatos atroces. A medida que los secretos ocultos durante mucho tiempo salen a la luz, Maura Isles se ve succionada inexorablemente hacia el corazón de una investigación que cada vez la toca más de cerca, y hacia una sospecha sobre la identidad del asesino que le resulta demasiado devastadora como para considerar.

Índice

PRÓLOGO

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

VEINTIUNO

VEINTIDÓS

VEINTITRÉS

VEINTICUATRO

Agradecimientos

A mi madre, Ruby J. C. Tom, con amor.

PRÓLOGO

Andhra Pradesh
India

El conductor se negaba a seguir avanzando.

Dos kilómetros antes, justo después de que pasaron junto a la planta de químicos Octagon Chemicals, el asfalto había cedido el paso a un camino de tierra con pastizales altos. Ahora el conductor se quejaba de que la vegetación le rayaba el coche y de que tras las lluvias recientes, había sitios con barro donde podrían empantanarse los neumáticos. ¿Y dónde los dejaría eso? Encallados a 150 kilómetros de Hyderabad. Howard Redfield escuchó la larga letanía de objeciones y comprendió que era solo un pretexto para ocultar la verdadera razón por la que el conductor no deseaba seguir. Ningún hombre admite con facilidad que siente miedo.

Redfield no tenía opción: desde allí, tendría que continuar a pie.

Se inclinó hacia adelante para hablar al oído del conductor y pudo oler el sudor del hombre. Por el espejo retrovisor, de donde colgaban cuentas tintineantes, vio que los ojos oscuros del hombre lo miraban.

—¿Me esperará aquí, verdad? —preguntó Redfield—. Quédense aquí mismo, sobre el camino.

—¿Cuánto tiempo?

—Una hora, quizá. Lo que sea necesario.

–Le aseguro que no hay nada para ver. Ya no queda nadie allí.

–Solo espere aquí ¿de acuerdo? No se marche. Le pagaré doble cuando regresemos a la ciudad.

Redfield tomó su mochila y descendió del coche con aire acondicionado; inmediatamente se encontró nadando en un mar de humedad. No había usado mochila desde sus tiempos como estudiante universitario que vagaba por Europa con presupuesto muy limitado y se le antojaba que ahora, a los cincuenta y un años, arrojársela por sobre los hombros era querer hacerse el joven. Pero de ninguna manera iba a ir a ningún sitio en este baño de vapor que era la India sin la botella de agua purificada, el repelente de insectos, el protector solar y el medicamento para la diarrea. Y la cámara fotográfica; no podía no llevar la cámara.

Sudando en el calor de la tarde, miró el cielo y pensó: «Fantástico, se pone el sol y todos los mosquitos salen al atardecer. Aquí viene su cena, malditos».

Echó a andar por el camino. Los pastizales ocultaban la senda y metió el pie en un pozo, en el que se hundió hasta los tobillos dentro del barro. Resultaba evidente que ningún vehículo había pasado por allí en meses y la Madre Naturaleza había avanzado rápidamente para recuperar su territorio. Jadeando y espantando mosquitos, se detuvo. Al mirar atrás, vio que el coche ya no se veía y eso lo inquietó. ¿Podía confiar en que el conductor lo esperara? El hombre se había mostrado reacio a llevarlo hasta allí y a medida que rebotaban sobre el camino cada vez más roto, el nerviosismo del conductor se había acrecentado. Por aquí hay mala gente, le había dicho, y han sucedido cosas terribles en la zona. Podían desaparecer los dos y ¿quién se molestaría en venir a buscarlos?

Redfield siguió avanzando.

El aire húmedo parecía cerrarse a su alrededor. Oía el ruido de la botella de agua zarandeándose en la mochila y

estaba sediento, pero no se detuvo a beber. Con solo una hora más de luz, tenía que seguir avanzando. Los insectos zumbaban en la hierba y oía lo que creía era canto de pájaros en el toldo de árboles que lo rodeaba, pero no se parecía a ningún canto que hubiera oído antes. Todo en este país se sentía extraño y surrealista y Redfield avanzaba como en trance, con el sudor goteándole por el pecho. El ritmo de su respiración se aceleraba con cada paso. Deberían ser solamente tres kilómetros, según el mapa, pero le parecía que no terminaba nunca de caminar y ni siquiera una nueva aplicación de repelente desalentaba a los mosquitos. El zumbido le llenaba los oídos y su cara era una máscara de picaduras.

Pisó otro pozo y cayó de rodillas sobre la hierba alta. Escupió la hierba de la boca y se quedó allí, recuperando el aliento, tan descorazonado y exhausto que decidió que era momento de volver. De regresar en el avión a Cincinnati con la cola entre las piernas. La cobardía, al fin y al cabo, era mucho más segura. Y más cómoda.

Soltó un suspiro, apoyó la mano en el suelo para darse impulso y levantarse, pero se quedó inmóvil, contemplando la hierba. Algo brillaba allí entre los tallos verdes, algo metálico. Era solo un botón de hojalata sin valor, pero en ese momento, se le antojó como una señal. Un talismán. Lo guardó en el bolsillo, se puso de pie y siguió caminando.

Unos cien metros más adelante, el camino llevaba a un amplio claro, rodeado por árboles altos. Una única estructura se elevaba en un extremo, una construcción achaparrada de bloques de cemento con un techo de cinc oxidado. Las ramas crujían y la hierba se agitaba en el viento suave.

Su respiración de pronto le pareció demasiado ruidosa. Con el corazón al galope, se quitó la mochila de los hombros, la abrió y sacó la cámara fotográfica. «Documenta todo», pensó. «Octagon tratará de hacerte pasar por

mentiroso. Harán todo lo posible para desacreditarte, por lo que tienes que estar preparado para defenderte. Tienes que demostrar que estás diciendo la verdad».

Avanzó dentro del claro, hacia un montículo de ramas ennegrecidas. Al presionar sobre las más pequeñas con el zapato, sintió en el aire el olor de madera quemada. Retrocedió, sintiendo que un escalofrío le subía por la espalda.

Eran los restos de una pira funeraria.

Con manos sudorosas, le quitó la tapa a la lente y comenzó a tomar fotografías. Con el ojo contra el visor, capturó imagen tras imagen. Los restos quemados de una choza. Una sandalia de niño, abandonada sobre la hierba. Un trozo colorido de tela desgarrado de un sari. Por donde miraba, veía la Muerte.

Giró hacia la derecha y un tapiz de vegetación verde pasó por delante del objetivo; cuando estaba por tomar una fotografía, su dedo se paralizó sobre el botón.

Una figura pasó velozmente por el extremo del encuadre.

Bajó la cámara y enderezó la espalda, con la vista fija en los árboles. No veía nada ahora, salvo el movimiento de las ramas.

Allí... ¿Acaso había habido un movimiento en la periferia de su visión? Le pareció vislumbrar algo oscuro rebotando entre los árboles. ¿Un mono, tal vez?

Tenía que seguir tomando fotografías. La luz del día se apagaba rápidamente.

Pasó junto a un aljibe de piedra y cruzó hacia la construcción con techo de cinc; sus pantalones susurraban contra la hierba y él iba mirando hacia ambos lados mientras avanzaba. Los árboles parecían tener ojos, y lo vigilaban. Cuando se acercó a la construcción, vio que las paredes estaban chamuscadas por el fuego. Delante de la puerta había un montículo de cenizas y ramas ennegrecidas. Otra pira funeraria.

La rodeó por un costado y se asomó por la entrada.

Al principio, pudo ver muy poco en el interior sombrío. La luz del sol se iba apagando rápidamente y adentro estaba todavía más oscuro, una paleta de negros y grises. Se detuvo un instante, mientras sus ojos se adaptaban a la penumbra. Con creciente perplejidad, vio el brillo de agua fresca en un jarro de cerámica. Olió el aroma de especias. ¿Cómo era posible?

A sus espaldas, una ramita se quebró.

Giró en redondo.

Una figura solitaria estaba de pie en el claro. Todo alrededor, los árboles se habían inmovilizado y hasta los pájaros estaban en silencio. La figura avanzó hacia él con paso extraño, como espasmódico, hasta que se detuvo a unos pocos metros de distancia.

Redfield dejó caer la cámara al suelo. Retrocedió, horrorizado.

Era una mujer. Y no tenía cara.

UNO

La llamaban la Reina de los Muertos.

Aunque nadie se lo decía en la cara, la doctora Maura Isles a veces oía que murmuraban ese apodo tras ella mientras recorría el lúgubre triángulo de su trabajo formado por los tribunales, las escenas del crimen y la morgue. En algunas ocasiones detectaba una nota de sarcasmo oscuro: *Já, já, allí, va, nuestra diosa gótica a recolectar nuevos súbditos*. En otras, los susurros tenían un leve temblor de inquietud, como los murmullos de los devotos cuando un desconocido impío pasa entre ellos. Era la inquietud de aquellos que no podían comprender por qué elegía caminar en las huellas de la Muerte. ¿Acaso lo disfruta, se preguntan? ¿Acaso siente tanta atracción por el contacto con la carne fría, con el hedor de la descomposición que les ha dado la espalda a los vivos? Piensan que eso no puede ser normal y le dirigen miradas nerviosas, notando detalles que solo refuerzan sus creencias de que es una criatura extraña. La piel de marfil, el pelo negro con corte a lo Cleopatra. El lápiz labial rojo. ¿Quién más se presenta en una escena de muerte con lápiz labial? Más que nada, es su serenidad lo que los turba, la mirada distante y majestuosa con la que observa los horrores que ellos no pueden soportar. A diferencia de ellos, ella no aparta los ojos, sino que se inclina y observa, toca. Huele.

Y más tarde, bajo las luces penetrantes del laboratorio de autopsias, corta.

Era justamente lo que estaba haciendo ahora: deslizando el bisturí por sobre la piel helada, cortando a través de grasa subcutánea que brillaba con un aceitoso color amarillo. Un hombre al que le gustaban las hamburguesas con papas fritas, pensó, mientras utilizaba tijeras para cortar las costillas y levantar el escudo triangular del esternón del mismo modo en que se abre la puerta de un armario para dejar al descubierto los tesoros que guarda.

El corazón yacía acunado por el esponjoso lecho de pulmones. Durante cincuenta y nueve años, había bombeado sangre por el cuerpo del señor Samuel Knight. Había crecido con él, envejecido con él, transformándose, al igual que él, del magro músculo de la juventud a esta carne rodeada de grasa. Todas las bombas con el tiempo fallan, y eso había sucedido con la del señor Knight, mientras él estaba sentado en la habitación de hotel en Boston, con el televisor encendido y un vaso de whisky del minibar sobre la mesa de noche a su lado.

No se detuvo a preguntarse cuáles habrían sido sus últimos pensamientos o si había sentido dolor o miedo. A pesar de que exploraba sus recesos más íntimos, a pesar de que le desollaba la piel y sostenía su corazón en las manos, el señor Samuel Knight seguía siendo un desconocido para ella, un desconocido mudo y sin exigencias que de buena voluntad le entregaba sus secretos. Los muertos son pacientes. No se quejan, no amenazan ni suplican.

Los muertos no te lastiman; solo los vivos lo hacen.

Trabajaba con serena eficiencia, extirpando las vísceras torácicas, colocando el corazón liberado sobre la tabla de corte. Afuera, la primera nevada de diciembre susurraba contra las ventanas y se deslizaba por los callejones. Pero aquí en el laboratorio, los únicos sonidos provenían del grifo abierto y de la ventilación.

Su asistente Yoshima se movía en silencio espectral, anticipándose a sus pedidos y haciéndose presente cada vez que lo necesitaba. Hacía solo un año que trabajaban

juntos y sin embargo, ya funcionaban como un único organismo, unidos por la telepatía de dos mentes lógicas. Antes que pensara en pedirle que cambiara la dirección de la lámpara, ya lo había hecho y el foco brillaba sobre el corazón sangrante; Yoshima tenía un par de tijeras extendidas hacia ella y aguardaba a que las tomara.

Tanto la pared del ventrículo derecho, salpicada de manchas oscuras, como la cicatriz apical blanca narraban la triste historia de este corazón. Un infarto de miocardio con meses o tal vez años de antigüedad ya había destruido parcialmente la pared ventricular izquierda. Luego, en algún momento de las últimas veinticuatro horas, se había producido un nuevo infarto. Un coágulo había bloqueado la arteria coronaria derecha, estrangulando el flujo de sangre al músculo del ventrículo derecho.

Extirpó tejido para histología, sabiendo ya lo que vería por el microscopio. Coagulación y necrosis. La invasión de glóbulos blancos, moviéndose como un ejército defensor. Tal vez el señor Samuel Knight pensó que el malestar torácico que sentía era por indigestión. Un almuerzo demasiado abundante, no debería haber comido tanta cebolla. Tal vez una dosis de Pepto-Bismol lo haría sentir mejor. O quizás hubo otros signos ominosos que decidió ignorar: la opresión en el pecho, la dificultad para respirar. Seguramente no se le ocurrió que estaba teniendo un ataque cardíaco.

Ni que un día después, una arritmia le provocaría la muerte.

El corazón ahora estaba abierto y seccionado sobre la tabla. Contempló el torso, vacío de órganos. Y así termina tu viaje de negocios a Boston, pensó. Ninguna sorpresa, aquí. No hubo juego sucio, salvo el maltrato que le diste a tu propio cuerpo, señor Knight.

Sonó el intercomunicador.

—¿Doctora Isles? —Era Louise, su secretaria.

—¿Sí?

–La llama la detective Rizzoli por línea dos. ¿Puede tomar la llamada?

–Sí, atiendo.

Maura se quitó los guantes y cruzó la habitación hasta el teléfono que estaba en la pared. Yoshima, que había estado lavando instrumentos en el fregadero, cerró el grifo. Se volvió a mirarla con sus ojos silenciosos de tigre, sabiendo de antemano lo que significaba una llamada de Rizzoli.

Cuando Maura por fin colgó, vio la pregunta en los ojos de él.

–Esto comienza temprano, hoy –dijo. Acto seguido se quitó la bata y abandonó la morgue, para ir en busca de otro súbdito que ingresaba a su reino.

La nevada de la mañana se había convertido en una mezcla traicionera de nieve y hielo y no había máquinas quitanieves de la ciudad a la vista. Maura Isles conducía cautelosamente por Jamaica Riverway; los neumáticos siseaban en el aguanieve profunda, los limpiaparabrisas raspaban sobre el cristal escarchado. Era la primera tormenta invernal de la temporada y los conductores todavía no se habían adaptado a las condiciones. Ya había habido varias víctimas de coches que habían derrapado y se habían salido del camino y al pasar a un vehículo policial aparcado con las luces parpadeando, vio que el patrullero estaba junto al conductor del remolque, contemplando un automóvil que había caído en una zanja.

Las ruedas del Lexus comenzaron a resbalar hacia un costado y el paragolpes delantero viró en dirección al tránsito que venía en sentido contrario. Presa de pánico, pisó el freno y sintió que se accionaba el control automático de derrape. Logró que el coche volviera a su carril. A la mierda con esto, pensó, con el corazón al galope. Me vuelvo a California. Aminoró la velocidad a un avance tími-

do, haciendo caso omiso de los bocinazos y del tránsito que retrasaba. Sobre pasadme, imbéciles. He visto demasiados conductores como vosotros sobre la mesa de autopsias.

La calle la llevó a Jamaica Plain, un vecindario del oeste de Boston con mansiones antiguas y elegantes, amplios jardines, parques serenos y senderos junto al río. En el verano, sería un frondoso refugio del ruido y del calor del Boston urbano, pero hoy, bajo un cielo sombrío, con el viento que barría los jardines secos, era un sitio desolado.

La dirección que buscaba parecía ser la más inhóspita de todas; el edificio estaba retirado detrás de un alto muro de piedra sobre el cual había trepado un enredo sofocante de hiedra. Una barricada para protegerse del mundo, pensó. Desde la calle, lo único que veía eran los picos góticos de un techo de pizarra y una ventana de altillo que parecía observarla como un ojo oscuro. Un patrullero policial aparcado cerca del portón le confirmó que había llegado a la dirección indicada. Solo unos pocos vehículos habían llegado hasta el momento: las tropas de choque que precedían al ejército numeroso de técnicos de la escena del crimen.

Aparcó del otro lado de la calle y se preparó para enfrentar la primera ráfaga de viento. Cuando descendió del coche, sintió que su zapato resbalaba y logró evitar una caída colgándose de la puerta del vehículo. Mientras recuperaba la posición, el agua helada del extremo empapado del abrigo, que se había mojado en el aguanieve, comenzó a gotearle por los tobillos. Durante unos segundos se quedó allí, azotada por la cellisca, pensando en lo rápido que había sucedido todo.

Miró al policía del otro lado de la calle, sentado dentro del patrullero y vio que la observaba; seguramente la había visto resbalarse. Con el orgullo herido, tomó su maletín del asiento del pasajero, cerró la puerta y avanzó con toda la dignidad que pudo por la calle resbaladiza.